

MIL AÑOS DE RUSIA

TRADUCCIÓN DE AURELIO ASIAIN

—¿**CUÁNDO COMIENZA LA HISTORIA DE RUSIA?**

—Entre el siglo IX y el XI, y se desarrolla de inmediato de manera brillante: Rusia está más cerca que Europa Occidental de lo que es entonces el corazón de la civilización medieval: Bizancio. Rusia se convirtió a la ortodoxia griega a comienzos del siglo X. De los sacerdotes, de los monjes bizantinos o búlgaros hereda un vocabulario técnico griego que ha quedado en la lengua rusa y que ha favorecido enseguida el pensamiento filosófico. Desde el origen, esta lengua rusa enriquecida por el eslavón, lengua de la Iglesia, que es de hecho viejo búlgaro, constituía un instrumento bastante sutil, más abierto a la abstracción griega que nuestra propia lengua en la misma época. Fue así como Aristóteles llegó a Kiev, primera capital rusa, un siglo antes que Abelardo. Rusia asimila igualmente un arte, el del icono, que desarrollará mucho más de lo que había sido desarrollado en Bizancio. Esa Rusia kievana de los orígenes tenía pues prometido un buen futuro, estrechamente ligado a Europa, como lo estará por ejemplo el de Polonia, hermana que acepta el bautismo católico hacia la misma época.

—¿Por qué no lo tuvo?

—Para empezar, estará comprometido por el desmembramiento feudal y, luego, se romperá en el siglo XIII por lo que se convertirá en la gran catástrofe de la historia europea y rusa: la invasión mongola de los lugartenientes de Gengis Khan. Un diluvio devastador que hará morir a dos terceras partes de la población rusa. Esa invasión, por lo demás, rompió los primeros lazos entre Rusia y Europa. Y eso tanto más cuanto que los mongoles van a islamizarse progresivamente bajo la influencia de los pueblos turcos de las estepas con los que se mezclan, al mismo tiempo que ocupan las cuatro quintas partes de las tierras rusas. El centro de gravedad de Rusia se desplaza del oeste al norte, lejos de Europa. En 1326, Moscú, ciudadela mejor protegida y de la que partirá la resistencia, se convierte de hecho en la capital política y religiosa de Rusia. La ruptura con Europa durará 300 años, hasta la famosa toma de Kazán por Iván el Terrible a mediados del siglo XVI, magníficamente exaltada por Eiseinstein. Esa reconquista, que fundó un Estado moderno, recuerda lo que ocurría en la misma época al otro extremo del continente con la toma de Granada por los reyes católicos y la reconquista de Andalucía. Hay que anotar, además, que los rusos se emancipan del yugo mongol poco después del momento en que, con la caída de Constantinopla, los griegos y los pueblos eslavos de los Balcanes se hunden bajo la dominación otomana. Los rusos ortodoxos, para los que religión y nación se confunden, se sienten por ello naturalmente señalados para retomar el cetro de la segunda Roma en ruinas.

—¿De ahí la potencia del mito mesiánico de la tercera Roma, que de alguna manera tendría en el comunismo su encarnación laica y moderna?

—Sí, es cierto, los letrados rusos, desde aquella época, están convencidos de que participan de un destino más vasto, de un proyecto universal, como lo estarán mucho más tarde los comunistas. Ciertamente que en ese rincón alejado de Europa, ese "frente pionero" del continente, los rusos se nutren permanentemente de influencias diversas, acostumbrados a la heterogeneidad; no les es extraña la mezcla cultural. Todo ello los predispone a una visión más bien mundialista de su destino, a una suerte de proselitismo internacionalista *avant la lettre*. Los rusos y el metropolitano Zósimo en particular (1492) se creen depositarios de valores culturales, políticos y religiosos específicos que legitiman sus ambiciones exteriores.

—¿Es justo decir que desde entonces toda la historia rusa es la de una perpetua oscilación, de una duda fundamental entre la ilustración europea y el despotismo asiático?

—Absolutamente. Iván el Terrible hizo construir el Kremlin de Moscú a arquitectos italianos y estuvo abierto a la influencia occidental. Desde este punto de vista y sin dejar de ser a los ojos de los latinos un bárbaro, es un "occidentalista". Pero, al mismo tiempo, reina sobre una población musulmana a la que no trata de convertir, contrariamente a lo que hace España. Entre la ortodoxia rusa y el islam se establece en cambio, en la misma época, un *modus vivendi*, un equilibrio sutil y un juego de influencias y de impregnaciones recíprocas. Muchas instituciones de Iván el Terrible están tomadas de la tradición mongola o bien directamente del Islam. Del mismo modo, muchas tradiciones políticas o militares rusas (los cosacos, la interpretación del papel del mismo zar, etc.) están mucho más cerca de las concepciones mongolas o asiáticas —comprendidas las confusianas— que de la herencia bizantina a la que se las atribuye a veces. Existe indudablemente una parte asiática y una parte europea, estrechamente mezcladas, en la antigua Rusia.

—¿Hay de todos modos una parte de esa Rusia, el norte y las orillas del Báltico, que tuvieron un destino diferente, exclusivamente europeo?

—En efecto. Los caballeros mongoles nunca lograron penetrar en los bosques de Lituania, que incluía en aquel momento a Bielorrusia y una parte de Ucrania. Tampoco lograron hacerse con los países bálticos. Digamos, muy brevemente, que al cabo de los siglos son las influencias polonesa, teutona y escandinava, católica y luterana, las que se manifestaron a la vez sobre esa cara europea de Rusia y sus desarrollos.

—¿Una "cara" que se convertirá, durante un tiempo, en el centro de gravedad política y cultural de Rusia?

—El fin de la dinastía moscovita en 1998 y la llegada de los Romanov en 1613 inauguran progresivamente una fase europea de la historia rusa. Pedro el Grande hizo que San Petersburgo fuera ostensiblemente erigida por arquitectos occidentales, Catalina II invita a Voltaire, a Diderot y se encapricha con la Enciclopedia, se habla francés en la corte y en el consejo de ministros, la cultura de la élite rusa se vuelve en gran parte europea, etc. Habrá también, bajo Nicolás I, un ministro de asuntos extranjeros de origen alemán, Nesselrode, que durante los 15 años que estuvo en el poder nunca aprenderá una palabra de ruso. Esa apertura hacia Europa, esa fascinación, no coincide sin embargo con la instalación de un régimen político liberal. El occidentalismo zarista se acompaña, como después el occidentalismo de Lenin, de la opresión política. El mejor símbolo de esa paradoja son sin duda las decenas de millares de muertos que costó la edificación de los esplendores de San Petersburgo. De la misma manera, el vasallaje, instituido bajo el segundo Romanov, Alexis Mijailovich, será abolido sólo en 1861 por Alejandro II el Liberador. El reino occidentalista de Pedro el Grande, que pone fin al reino de los boyardos barbudos, fue decisivo en la historia de la Rusia moderna, pero marca también la desaparición definitiva de otro occidentalismo, este liberal, que estaba encarnado antaño en las ciudades mercantes como Novgorod, ciudad mítica que tuvo en la Edad Media una forma de gobierno representativo muy cercana a la de Florencia o la de las ciudades hanseáticas. La conciencia rusa no ha perdido el recuerdo de Kiev ni el de Novgorod, y esas experiencias abortadas pero idealizadas son reveladoras de lo que podría llamarse, en nuestros días, un viejo fondo de autogestión, que sigue estando vivo entre el campesinado. Ese espíritu de insumisión está tan vivo entre los rusos como su gusto por la autoridad, y las dos tendencias coexisten en todos.

—¿Esa vacilación rusa entre Europa y Asia corresponde a la gran discusión todavía actual entre eslavófilos y occidentalistas?

—Desde Iván el Terrible, hay conservadores que temen la influencia europea y viejos creyentes hostiles a una reforma de la liturgia, en la que ven una catolización rustrera. Asimismo, la resistencia a todo lo que viene de Polonia, único modelo alternativo de Estado eslavo y referencia obsesiva hasta finales de siglo XIX, atraviesa literalmente la historia rusa. Pero la verdadera discusión entre occidentalistas y eslavófilos comienza después de las guerras napoleónicas, que hacen entrar a Rusia, por la puerta grande, en la historia de Europa y después del balance de las "luces rusas" de Catalina II. Esa discusión divide a la intelligentsia pero lo cierto es que parte de una constatación común a ambos campos: la autocracia instaurada por Pedro el Grande no puede durar. El vasallaje es una herida, la sumisión política de la Iglesia al zar es un impedimento a la libertad de conciencia. Hay pues un "programa común" pero para los occidentalistas el socorro y la resistencia al despotismo sólo pueden venir de la cultura del Oeste. Para los eslavófilos, en cambio, todo el mal viene de Occidente, del Papa y muy pronto del mundo industrial, ávido de dinero, que no comprenden nada del desinterés y la espiritualidad rusas.

—Temas caros a Soljenitsin...

—Sí, pero cuidado. Soljenitsin se separa de la tradición eslavófila en un punto capital: el de la propiedad privada, a la que defiende resueltamente. No tiene ninguna verdadera nostalgia comunitaria y se siente cercano a Stolypin, que de algún modo es el Guizot ruso. Hay que añadir que en el movimiento eslavófilo, que glorifica los valores de la Santa Rusia, ha habido siempre una buena parte de ostentación. En el siglo XIX, por ejemplo, muchos de ellos, que tomaban los hábitos de los viejos rusos para provocar, eran en realidad adeptos fascinados del romanticismo alemán, de Novalis, Herder y Savigny... Pero se trataba también, con enorme frecuencia, de conservadores ilustrados, de esos que prepararon la abolición del vasallaje. No se puede pues decir que los eslavófilos hayan desempeñado un papel del todo negativo y confundirlos —como se hace con frecuencia— con los paneslavistas de la siguiente generación, que sí son los doctrinarios de la expansión rusa y del autoritarismo zarista.

—¿Cuándo comenzaron los occidentalistas, por su parte, a convertirse en una corriente organizada del pensamiento ruso?

—Cuando dejaron de ser los turiferarios del Estado para emanciparse de él. En el fondo han estado ligados en parte, desde Pedro el Grande, con el despotismo y, hasta el siglo XVIII, esta intelligentsia no representa sino una capa muy pequeña de la población. Esta élite se extenderá a una parte de la nobleza militar, de la que saldrán los conjurados decembristas de 1825, partidarios de la Ilustración y del gobierno representativo, después de las guerras napoleónicas. Luego del fracaso de esa tentativa de revolución democrático-aristocrática, que supuso la llegada de Nicolás I, se instaura una represión rigurosa, el occidentalismo deja de estar favorecido por el poder y el despotismo ilustrado se interrumpe. Nace también una cultura de oposición que se radicaliza. El occidentalismo pierde su confianza en el Estado Central Ruso, y reclama con insistencia reformas constitucionales. Los polacos y la Iglesia católica son admirados, la propia cultura se denigra de buen grado. Los occidentalistas resultan "objetivamente" agentes del extranjero.

Sin embargo, cada vez que los occidentalistas se encuentran entre la espada y la pared, en posición de enfrentamiento con el poder que los creó, para administrar el Estado, traicionan sus simpatías edípicas hacia este último, del que reciben su legitimidad. De ahí sus eternas prórrogas, que jalonan la historia política de la Rusia moderna. Cada vez que los occidentalistas se ocultan, son los populistas eslavófilos, con frecuencia más radicales y democráticos sin embargo, los que los sustituyen y hacen plegarse al Estado. Hoy está claro. Gorbachov y los intelectuales que los rodean son herederos de los occidentalistas. Cuando hay que darle una patada al Estado que los engendró, no pueden. En cambio, los populistas surgidos de esa Rusia campesina que siempre ha estado oprimida y golpeada saben llevar la frente en alto y llegar hasta el fin.

—¿Los revolucionarios de octubre y el leninismo son herederos de los occidentalistas?

—La revolución de octubre vio, en efecto, triunfar a los occidentalistas. Los grandes perdedores en ese enredo fueron los socialistas revolucionarios, los campesinistas eslavófilos que sin embargo son mayoría en el país. Pero en el estado de descomposición de Rusia en 1917, son las ciudades las que lo llevan al campo. Ahora bien, son occidentalistas. Lenin es un occidentalista casi perfecto. Si digo "casi", es por varias

razones: su concepción del partido es centralizadora; tienen la convicción de que el aparato zarista no debe ser reformado sino totalmente quebrado por métodos autoritarios; se interesa en la cuestión campesina, etc. La fuerza de Lenin está en haber sido capaz de implantar un sistema occidentalista, la social democracia, por encima de una revuelta campesina sin precedente, haciendo que las tareas de la modernización stalinista fueran llevadas a cabo por una forma puramente eslavófila: el partido autoritario de nuevo tipo.

—¿Y Stalin?

—Es antes que nada un personaje de un oportunismo sin igual. Sostuvo absolutamente todos los discursos. Pero su cultura de base es innegablemente autoritaria, mística, irracionalista, ni occidentalista ni eslavófila sino, más bien, la de un policía zarista clásico. Desde antes de la derrota frente a los nazis, es el restaurador de muchos de los temas de la reacción rusa no eslavófila. Porque la eslavofilia, aun entre sus representantes más reaccionarios, se acompaña de un verdadero amor por los campesinos, de una compasión que se encuentra en la forma más hermosa en Pushkin, eslavófilo muy equilibrado, y que le resultan completamente extrañas a Stalin. Por otra parte, el pensamiento eslavófilo apela a valores trascendentes que Rusia habría podido conservar mejor que Occidente y que excluyen cualquier recurso a las violencias de tipo staliniano. Por supuesto, no puedo dejar de tener una simpatía espontánea por los occidentalistas pero, si el occidentalismo no la ha tenido en Rusia, no es sólo por azar. Los verdaderos eslavófilos representan un ideal, si no democrático por lo menos comunitario y un profundo amor por el pueblo. En ese sentido, la eslavofilia irrigió en gran medida el pensamiento occidental a través de un hombre como Berdiaev, por ejemplo. El personalismo de Mounier y la renovación del pensamiento católico entre las dos guerras mundiales le deben mucho a ese último brote de la eslavofilia que fue el movimiento de emancipación de la Iglesia rusa a comienzos de este siglo, que comienza con Soloviev —enorme figura intelectual y espiritual— y que se entrega, con Berdiaev a conciliar el paso a la democracia con el ideal comunitario.

—¿Si Solyenitsin se liga con esa corriente, cree usted que podría convertirse mañana, en el contexto de un renacimiento ruso, en el jefe de sus filas?

—Se necesita evidentemente que Solyenitsin vuelva a Rusia y encabece —por lo menos en el plano intelectual— un gran partido conservador cristiano ruso. Sería la mejor garantía contra cualquier desviación fascista de la corriente conservadora nacional. Fue un adversario decidido del Estado autoritario, cuya figura predilecta es San Nil de la Sora, personaje muy importante de la Iglesia rusa, quien denunció a fines del siglo XV el enriquecimiento de los monasterios y el abandono del ideal evangélico de la Iglesia. Solyenitsin, además, tiene un buen sentido económico evidente que lo disuade de favorecer las utopías regresivas. Por lo demás, se ha convertido en ciudadano norteamericano, lo que le confiere un aura internacionalista. Podría mostrarse con mucho detalle, para terminar, que no es antisemita.

—Hay un tema que vuelve una y otra vez en el discurso eslavófilo de nuestros días: el de la anti-antiquación de la idea de Rusia y de la propia Rusia en setenta años de sovietsmo. ¿Comparte usted esta idea?

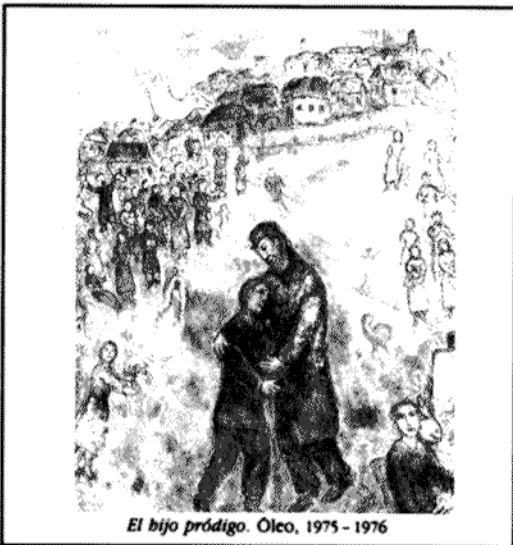
—A primera vista, es una tesis defendible. El sovietsmo ha

resultado, en efecto, muy costoso para Rusia: el empobrecimiento considerable de la tierra, la destrucción del campesinado, el exilio masivo de las élites, la política imperial vaciada de su sustancia mesiánica, el despilfarro de las fuentes naturales que beneficiarían a las repúblicas y los países satélites ingratos. Todo eso es innegable. Pero, al mismo tiempo, ha habido lo contrario, que no sería honesto callar: los logros espectaculares de la alfabetización y de la educación de masas, la inserción masiva de los judíos en la sociedad, que se han convertido en un gran fermento de modernización, la buena fortuna del *melting pot* y la identificación, pese a todo, con una cultura rusa cuyas obras están muy lejos de ser insignificantes. En cuanto a aquellos que pretenden que Rusia ha sido más maltratada que las otras repúblicas, es difícil seguirlos. Seamos justos con Stalin en esto: hizo sufrir a todos por igual.

—¿Cree que podemos ver un renacimiento ruso, sin tropeszos patrioterros e incluso fascistas?

—Los próximos años, sobre todo si la ayuda occidental no es suficiente, serán peligrosos. Pero varios factores me llaman al optimismo. Me limitaré a enumerarlos. Contra lo que suele creerse, siempre ha habido —excepto bajo Stalin— espacios de libertad y una vida cultural intensa en Rusia. Por otra parte, es un pueblo al que no le gusta la violencia, y no es una paradoja. No es un pueblo militarista ni revoltoso por naturaleza. Además, se ha desembarazado ya de un imperio que también era su prisión y podrá unirse de nuevo en torno a sus famosos valores espirituales. Lo que es seguro es que la naturaleza de Rusia misma y su geografía le imponen límites, en particular el de un Estado central fuerte, que garantice la cohesión y la redistribución de las riquezas. Sobre la base de esta necesaria recentralización, un partido neogorbachoviano moderado tendría más oportunidades en el futuro que la pura reacción autoritaria con la que sueñan ciertos nacionalistas rusos.

(Entrevista de Jean - Claude Guillebaud, Vincent Jaubert, Elisabeth Schemla y Natacha Tatu) © *Le Nouvel Observateur*



El hijo pródigo. Óleo, 1975 - 1976